

á los apóstatas ». Marbot aceptó el legado y la tarea. Sin embargo su reintegración en el ejército, le había privado de sus ocios y sólo más tarde, en 1848, se consagró enteramente á su función de historiógrafo de las campañas imperiales. Por último, por razones que ignoramos, los herederos de Marbot guardaron largo tiempo el secreto de sus *Memorias* y no las publicaron sino en 1892. Su éxito fué inmenso y provocó casi inmediatamente la aparición de un gran número de obras análogas, de *Recuerdos*, de *Relatos* y de *Cuadernos* que no igualan el valor de aquéllas. Estas *Memorias*, desde el punto de vista puramente histórico, tienen valor inestimable. Marbot no nos refiere sino sus campañas, pero ha tomado parte en todas ó casi todas las guerras del Imperio. Hijo de soldado, se engancha desde muy temprano, en los húsares, llega á subteniente en el sitio de Génova; obtiene casi inmediatamente un empleo en el estado mayor d'Augereau¹ á quien acompaña en las campañas de Ulm, d'Austerlitz, de Jena y d'Eylau. En 1807, acompaña á Murat á España. Por el momento Alemania está tranquila. La partida se está jugando en España y tiene la suerte de tomar parte en ella. Con Murat, luego con Lannes y después con Masséna, hace las rudas campañas de 1808 y asiste al sitio de Zaragoza. En 1809 se levanta Austria; Napoleón llama de nuevo á su gran ejército. Marbot le sigue y le encontramos otra vez, á las órdenes de Masséna en Ratisbona, en Essling y en Wagram. Deja el estado mayor la víspera de la última coalición y manda un escuadrón de húsares en la campaña de Rusia. Puede decirse que ha vivido la historia del Imperio y que no ha sido ajeno á ninguna de las grandes operaciones militares.

Por último, su situación de oficial del estado mayor le ha permitido contemplar los hechos desde más alto y pintar en las batallas algo más que episodios. Cometió el error de no hallar la materia bastante hermosa, y de querer referirnos á veces lo que no había visto. Se ha echado de ver recientemente que, á pesar de sus afirmaciones y de los detalles que da, no había podido asistir ni á la jornada de Austerlitz ni á la entrevista de Bayona. La falta es bastante venial; pero lo que pedimos á Marbot son sus propios recuerdos, y no sus lecturas. Tanto más cuanto que es un verdadero artista siempre que nos refiere sus propias impresiones. Ha escrito sobre Zaragoza, Eylau y Wagram páginas verdaderamente hermosas y que le asignan un puesto entre los escritores: Marbot sabe ver las cosas, las fisonomías, los colores, el detalle de los episodios, y el conjunto de las batallas. Su relato es vivo y brillante: cuando se le sigue en sus campañas, se experimenta la impresión de

1. Nuestro estimado amigo D. Francisco de Paula Valladar, ha publicado en su interesante revista *La Alhambra* de Granada, curiosos relatos de la ocupación francesa en dicha ciudad, y da muchas noticias acerca del desinterés y desprendimiento de que dieron pruebas D'Augereau, Sebastiani y otros generales franceses, que hicieron en aquella ocasión su agosto, como vulgarmente se dice. (N. del T.)

una cabalgata regocijada que va de ciudad en ciudad y de combate en combate, á galope tendido.

Halla, cuando es necesario, la frase pintoresca y vigorosa. Ya conocen los lectores la célebre página sobre la batalla de Eylau, tan llena de brío y tan conmovedora: la carga furibunda del ayuda de campo hacia el regimiento amenazado, la lucha terrible en la nieve, en que Lisette, su caballo, llevándose de una dentellada la cara de un granadero ruso, la convierte « en una cabeza de muerto viva, y enteramente roja ».

He aquí su estilo:

Fué durante una revista improvisada en presencia del enemigo, cuando Napoleón concedió por vez primera pensiones á simples soldados, nombrándolos caballeros del Imperio al mismo tiempo que miembros de la Legión de honor. Las presentaciones eran hechas por los jefes de cuerpo, pero sin embargo permitía el emperador que los militares que se creían con derechos incontestables, se presentasen á hacerlos valer en su presencia; después decidía y juzgaba por sí solo.

Ahora bien, ocurrió un día que un viejo granadero que había hecho las campañas de Italia y de Egipto, al no oír citar su nombre, se presentó á pedir la cruz con acento flemático. — « Pero, le dijo Napoleón, ¿ qué has hecho para merecer esa recompensa? — Sire, soy yo, quien en el desierto de Jaffa, un día de calor terrible, os presenté una sandía. — Te doy las gracias de nuevo, pero el regalo de esa sandía no vale la cruz de la Legión de honor. » — Entonces el granadero, exaltándose hasta el paroxismo, exclamó con la mayor volubilidad: « Pues bien ¿ contáis por nada siete heridas recibidas en el puente de Arcole, en Lodi, en Castiglione, en las Pirámides, en San Juan de Acre, en Austerlitz y en Friedland...? Once campañas en Italia, en Egipto, en Austria, en Prusia, en Polonia, en... » Pero el emperador, interrumpiéndole y remedando, al mismo tiempo que reía la vivacidad de su lenguaje exclamó: « ¡ Vaya, vaya, cómo te entusiasmas cuando llegas á los puntos esenciales! ¡ Porque hubieras debido empezar por ahí; eso vale mucho más que tu sandía!... Te hago caballero del Imperio con mil doscientos francos de pensión... ¿ Estás contento? — Pero, sire ¡ yo prefiero la cruz!... — Tienes lo uno y lo otro puesto que te hago caballero... — ¡ Yo preferiría la cruz!... » El bueno del granadero no salía de ahí y costó todo el trabajo del mundo hacerle comprender que el título de caballero del Imperio llevaba consigo el de la Legión de honor. No estuvo tranquilo hasta que el emperador le puso la cruz en el pecho y se mostró mucho más sensible á esto que al regalo de los mil doscientos francos de renta.

Por último, las *Memorias* de Marbot no son la historia impersonal: nos pintan á un hombre; y es ciertamente un carácter interesante el del autor. Este gascón que declara haber sido siempre feliz, que toma la vida por su lado mejor y sabe ser á la vez muy valiente y muy hábil, que está siempre, como en Eylau, « dispuesto al sacrificio de su vida con todas las precauciones necesarias para salvarla », que á veces se entusiasma algo al hablar y adorna sus recuerdos, pero que en ninguna parte se muestra presuntuoso, es en suma un hombre encantador y de agradable trato.